

... desde el sacer-
... recibí con más afe-
... providencial.

... Juan Pérez y
... observatorio donde
... y allí finalmente
... una conversación a
... escuchar.

... han hecho ver y tocar, y
... apostaría podría servirles
... de algún detalle de su papel.

La estancia por haberse con sus
... no apuesto
... ventanas que dan al mar;
... a los que
... mapas y su diario de viaje, que
... una hornacina
... una imagen de la Virgen Santísima,
... *Ave, María, stalla!*

Esta escena más sencilla, más grande, más
... revivir en
... es igualar. Colón tuvo allí por
... su genio un
... al
... que no le
... no en sus
... palabras
... palabras
... palabras

Al cabo de dos días... y las relaciones
... de San Francisco, comenzó Cristóbal
... que le imponía el buen éxito de su
... empresa.

Después de haberle leído un breve resumen
... una exposición
... en Barcelona.

Al mismo tiempo se apresuraba a preparar su
... a su esposa y a sus dos
... a su padre, a aquel padre querido
... portador de una carta, en
... que le confiaba en la
... poder asegurar.

Este Diego... en aquella ciudad de



ENTREVISTA DE COLÓN Y EL P. MARCHENA A LA LLEGADA DEL PRIMER VIAJE.

Génova, que había despreciado á su hermano. Tenía veinte y seis años de edad, y ejercía la humilde profesion paternal, sin llevar más allá su ambicion; ¿ni quién habria podido prometerse jamas verle llamado á la corte de España, y verle un dia convertido de Diego el cardador, como le llamaban, en don Diego Colon, edecan del Gran Almirante del mar Océano?

Muy pronto veremos que por una gracia especial concedida á esta bendita familia de los Colones, no fué inferior ni á esta posicion de confianza, ni á la de administrador y gobernador de la India española, que se le confió pocos dias despues, y que debia ocupar por su honra durante el curso del año siguiente.

Por lo demas, todas las familias que se llamaban Colon, en Italia y hasta fuera de ella, se apresuraron á declararse parientes del ilustre navegante; así, pues, si el anciano Domingo tuvo el pesar de estar separado de su hijo menor y último que le quedaba en casa, le quedó el consuelo de ver su familia aumentada cada dia, de un modo capaz de perpetuar para siempre su existencia, si no su esplendor.

Miéntas que los diversos enviados corrian á sus respectivos destinos, dirigia Colon á la Santa Sede, con el homenaje de su filial sumision, una exposicion fiel de sus descubrimientos, y en aquel documento redactado de acuerdo con Juan Pérez, sujetaba á la autoridad religiosa los primeros mojones de esa herencia del nuevo mundo, que debian consagrar las famosas bulas de los días 3 y 4 de mayo de 1493.

Al propio tiempo, ó á lo ménos por intervalos, y como descanso de un trabajo tan grave y tan delicado, se le veía cumpliendo con todo su rigor las diversas peregrinaciones para las cuales le había especialmente designado la suerte, por cuatro distintas veces, durante la tempestad.

Cumplidos todos estos deberes, se trasladó primeramente á Sevilla, donde le esperaba la respuesta oficial de los dos reyes, y de allí pasó á Barcelona, donde debia encontrarles.

Este viaje, cuyo eco repetian aún despues de un siglo las provincias de Valencia, Murcia, Castilla y Aragon, fué una serie continuada de triunfos que no se ha temido igualar á los de la antigua Roma; comparacion algo ambiciosa, es cierto, bajo el punto de vista material, pero no atendiendo al entusiasmo que en todos los lugares acogia al triunfador.

Á medida que se iba acercando á la ciudad, cruzando ya dificilmente una multitud deseosa de contemplar sus facciones y demostrarle el testimonio de su admiracion y alegría, vió aproximársele, galopando al sonido de los añafles, trompetas y platillos, un sinnúmero de caballeros de la más distinguida nobleza saludándole con vivas aclamaciones, y extasiándose, con igual ingenuidad que el pueblo, ante el raro esplendor de su cortejo.

La verdad es que si hoy cruzara una de nuestras ciudades limpias, formales,

regulares, monótonas, incoloras y no acostumbradas á lo pintoresco hasta el extremo de avergonzarse de él como de un escándalo, correría mucho riesgo el tal cortejo de que se le confundiera con una compañía de algun hipódromo nómada.

Y, sin embargo, allí había, en parte, los elementos, y, hablando con toda propiedad, los gérmenes de una de las mayores revoluciones económicas que se hayan producido en el mundo.

Al frente, iban los pilotos y los subalternos de *la Niña*, uno de los cuales estaba encargado del estandarte principal de la expedición. Seguían los marineros, grumetes y novicios que llevaban atadas en pendones, remos y picas, las más curiosas muestras de las producciones vegetales, minerales y animales del nuevo mundo; ramas de diversos árboles, cargadas con sus frutos, tales como entre otras el cacao, cuyas almendras iban muy pronto á suministrar á Europa, y sobre todo á España, un alimento de uso tan general; nueces de cocos, racimos de bananas, enormes calabazas, una variedad grande de especias y plantas medicinales, unas conocidas ya, otras nuevas; cañas gruesas como el cuerpo de un niño; helechos arborescentes; ramas de algodónero, con sus vainas entreabiertas, de las que volaba, como ligeros copos de nieve, una materia destinada á vestir un día á casi todos los habitantes del globo, á enconarles unos contra otros, á suscitar periódicamente entre ellos cuestiones de vida ó muerte, guerras fratricidas sin cuartel é interminables.

Entre los vegetales cuya sustancia y forma habían resistido mejor los efectos de una larga travesía en el mar, se levantaban altos troncos, coronados con enormes espigas, de granos de color de púrpura unos como granates, transparentes y dorados otros como el ámbar, y en cuya cima se balanceaba un suave plumero rubio. Esta planta era el maíz, destinado á cambiar en ménos de un siglo la alimentación de las clases pobres en todo el mediodía de Europa.

De seguro que también se vería allí, colgando tristemente de sus negros y mustios troncos, la humilde patata, cuyo cultivo, introducido en Francia hacia el año 1580, abarca hoy en ella un millón de hectáreas; la patata, ese pan de los pobres, ese toscó maná que alimenta al Irlandés en su doloroso éxodo,—cuando no le envenena.

Tampoco dudamos que á título de curiosidad figuraría el tabaco entre aquellas producciones; pero se necesitó todavía cerca de un siglo de civilización para generalizar el triple uso de aquella yerba, que produce hoy á nuestra Administración la friolera de ciento y pico de millones anuales. No acusemos pues á Cristóbal Colón por habernos hecho este regalo, cuyo valor él ignoraba, sintamos solamente que en lugar de las ventajas que debían tan imperfectamente remunerar su descubrimiento, no hubiera más bien pedido el monopolio de los tabacos. De este modo,

y suponiendo, por un imposible, que se hubiese respetado dicha concesión en su descendencia, habría podido esta realizar hoy el deseo de su piadoso autor, comprando la Tierra Santa á los musulmanes.

¿Lo toleraría empero la cristiandad?

Como lo veis, queridos lectores, el cortejo de Colón no camina muy de prisa: aprovechémonos pues de su calma para acabar de hacer su descripción.

Y observemos en primer lugar que de entre todas las producciones del nuevo mundo que acaban de enumerarse, las más dignas de atención, las especias entre otras, produjeron el efecto menor: no obtenían tantas miradas como, por ejemplo, la famosa iguana muerta por la propia mano del Almirante. Este monstruo tan suave, tan tímido, en vida, tuvo grande éxito de horror después de muerto. Admiróse lo que excedían sus dimensiones de otro de sus semejantes, muerto un día después por Alonso Pinzón, siempre inferior á su jefe y que no debía conseguir adelantársele sino en el sepulcro.

Otros animales, henchidos de paja las pieles de los unos, vivos los otros, atraían aún ménos las miradas por la variedad de sus colores, y de su forma, que por su fisonomía esencialmente propia de la fauna del nuevo continente. Á este número pertenecían el aguti, el almiguí, el coati, el pécar ó dicotilo; diferentes especies de reptiles, saurianos, algunos de los cuales, menores, pero más feroces que la iguana, recordaban, como este, el cocodrilo de Egipto, por cuya semejanza, acreditaban muchísimo más la opinión de que el Almirante había realmente descubierto la extremidad oriental de la India.

Estos animales, de pequeño volumen generalmente, hacían más asombrosa la enorme dimensión de ciertas tortugas marinas, cuyas conchas no median ménos de seis pies de longitud. Pero lo que más divertía la escena hablando al mismo tiempo á la vista y á los oídos, eran los flamantes de color de rosa posados en sus largos y frágiles zancos y siempre inquietos por saber dónde pondrían sus grandes picos; los cacatoés de pluma de color de carne, de copete amarillo, pronto siempre á erizarse; los espléndidos guacamayos y otras cien especies de papagayos aleutando en sus perchas aéreas y respondiendo á las aclamaciones de la multitud con gritos y risas atronadoras y hasta á veces con palabras españolas aprendidas durante la travesía.

Á este corral ambulante seguían los productos de la industria india; armas ofensivas en su mayor parte: cachiporras, arcos, flechas, zagayas, macanas admirablemente trabajadas de una madera pesada y dura como hierro; diversos muebles tan sólidos como ligeros; instrumentos de música, de percusión unos, de viento otros, y entre ellos la doble flauta de los antiguos, aquella misma flauta incomprensible para nosotros, y en la que sin embargo tocaban con ambas ventanas de la nariz los contemporáneos de Pericles, como los súbditos de Anacoana.